

41—Lecciones del Pentecostés

SE CITA Hechos 2: 1-11. En aquel tiempo había en Jerusalén una gran fiesta religiosa y Dios usó a sus discípulos para dar el mensaje del Salvador resucitado a las multitudes allí reunidas.

En preparación para esta importante obra, los discípulos permanecieron juntos durante varios días confesando sus pecados y orando por el Espíritu Santo. Jesús les había dicho que no salieran de Jerusalén hasta que hubieran recibido la promesa del Padre. Él les prometió: «Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra» (Hech. 1: 8). El segundo capítulo del libro de los Hechos registra lo que pasó con los discípulos cuando recibieron el Espíritu Santo.

Sermón Elena G. de White predicado en Lodi, California, 9 de mayo 1908.
Manuscrito 49, 1908.

Algunos de los que escucharon a los discípulos trataron de contrarrestar la influencia de su predicación. Se cita Hechos 2: 12-21.

Todos necesitamos al Espíritu Santo

Si esta profecía de Joel tuvo un cumplimiento parcial en los días de los apóstoles, estamos viviendo en un tiempo cuando se ha de manifestar con mayor poder en el pueblo de Dios. Él derramará de tal manera su Espíritu sobre su pueblo, que este se convertirá en una luz en medio de la oscuridad moral, y una gran luz se reflejará en todas partes del mundo. Ojalá nuestra fe aumente para que el Señor pueda obrar poderosamente mediante su pueblo.

Todos necesitamos al Espíritu Santo. Nuestros pastores lo necesitan. Nuestras instituciones médicas y educativas y nuestras iglesias lo necesitan. Necesitamos una experiencia cabal y viva en la obra del Señor.

Damos gracias al Señor que aquí, en esta reunión, hemos visto algunas de las manifestaciones del Espíritu de Dios, y que se les ha confiado a algunos de estos jóvenes y a los niños el deseo de obtener una experiencia en las cosas religiosas. Me alegré al verlos aquí, porque no están viviendo en ciudades malvadas como San Francisco y Oakland, sino que están aquí, en el campo, donde pueden ser resguardados de las malas compañías y de muchas de las tentaciones que están vinculadas con la vida en las ciudades.

Una promesa consoladora

«Y todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo». Esta es una promesa consoladora. ¿Podemos recibirla por fe? ¿Acaso no mostraremos mediante nuestras acciones, que apreciamos las abundantes promesas de la Palabra de Dios?

Pedro añade: «Israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a este, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándolo» (vers. 22, 23).

Requería valor dar este testimonio. Ese valor y osadía para presentar la verdad habían llegado en respuesta a la oración unánime de los discípulos, mientras estuvieron juntos en el aposento alto.

Luego Pedro habla de la resurrección de Jesús (se citan los versículos 24-27).

Gracias a Dios, todos tenemos una esperanza que se extiende hasta la tumba. Cuando morimos, no vamos inmediatamente al cielo. Pero si el Señor nos llama al descanso, y hemos sido fieles en su servicio, podemos dormir con la esperanza de que cuando Cristo venga a resucitar a los muertos, escucharemos su voz y saldremos de nuestras tumbas. Nuestro cuerpo puede descansar en la esperanza. Cuando los justos salgan de sus tumbas, ¡qué regocijo habrá! (se citan los versículos 32-39).

Estas promesas son para nuestros hijos, así como para nosotros. Podemos llevarlos a Cristo. Se requieren gran vigilancia de parte de los padres, pero si son fieles podrán evitar que sus hijos se corrompan por la vanidad y la corrupción que imperan en el mundo.

«Y con otras muchas palabras testificaba y los exhortaba, diciendo: “Sed salvos de esta perversa generación”» (vers. 40).

Esta exhortación tiene una aplicación especial para nosotros. Vivimos en la generación de la cual se dice: «Pero como los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre, pues como en los días antes del diluvio, estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento» (Mat. 24: 37, 38). Si alguno de nosotros ha de estar entre los vencedores, debemos ser diligentes para mantenernos libres de la corrupción de la época.

(Se cita Hechos 2: 41, 42).

El Espíritu Santo no ha menguado desde los días de Pentecostés. Se otorgará hoy a cada alma que lo busque. El Señor está dispuesto a enviar su Santo Espíritu a todas nuestras instituciones. Necesitamos un espíritu de oración. Aferrémonos a

Dios mediante una fe viva. Creamos que él hará todo lo que dice que hará, y preparemos nuestros corazones para recibir lo que nos ha prometido.

En muchos lugares hemos establecido nuestras instituciones educativas. Nuestras escuelas y sanatorios deben alcanzar una norma elevada. La Biblia ha de convertirse en el gran libro educativo. Es el Libro de los libros que nos da un conocimiento de Aquel a quien conocer bien es la vida eterna. Ha de constituir el fundamento de la verdadera educación.

No debemos aspirar a una norma más baja que la que Cristo ha establecido para su pueblo. Sin embargo, hay muchas cosas en lo que comúnmente se conoce como educación superior, que no necesitamos. Juan el Bautista recibió una capacitación para la obra de su vida, no en las escuelas rabínicas, sino en el desierto, a solas con Dios y su Palabra. Mientras oraba, las Escrituras se abrieron ante él de una manera maravillosa. En la actualidad, Dios también está dispuesto a instruir a los que humildemente buscan la sabiduría que viene de arriba.

Necesitamos obreros de experiencia en la causa del Señor. No es necesario que todos conozcan varios idiomas, pero todos necesitan experiencia en las cosas de Dios. Algunos de los que van a países extranjeros tendrán que aprender un idioma, pero no todos tienen que dedicar tiempo al aprendizaje de idiomas que nunca usarán. No tenemos tiempo para pasar años estudiando temas que no tienen ninguna utilidad práctica. No debemos pensar que hay que alcanzar el más alto nivel de conocimiento en cada ámbito del saber humano. El tiempo es corto y hemos de trabajar fervorosamente por las almas. Si estudiáramos la Palabra de Dios con diligencia y oración, hallaríamos la luz y el conocimiento que necesitamos.

En nuestros sanatorios propiciamos el uso de remedios sencillos. Desaprobamos el empleo de fármacos, porque estos envenenan el torrente sanguíneo. En estas instituciones deberían darse instrucciones razonables respecto a la alimentación, la bebida, la vestimenta y el estilo de vida que nos ayudará a mantener la salud.

Oración y trabajo van de la mano

Antes de que tuviéramos sanatorio alguno, mi esposo y yo comenzamos la obra medicomisionera. Traíamos a nuestra casa enfermos que habían sido desahuciados por los médicos. Cuando no sabíamos qué hacer por ellos, orábamos a Dios muy fervientemente y él siempre envió su bendición. Él es el poderoso Sanador y trabajó con nosotros. Nunca tuvimos tiempo ni oportunidad para tomar una clase de medicina, pero tuvimos éxito al avanzar con el temor del Señor y buscarlo en procura de sabiduría en cada paso. Esto nos dio valor en el Señor.

Así combinábamos la oración y el trabajo. Usábamos los sencillos tratamientos con agua y luego tratábamos que los pacientes fijaran la mirada en el gran Sanador. Les decíamos lo que podíamos hacer por ellos. Si podemos inspirar

esperanza a los pacientes, esto les será de mucho provecho. Deseamos que todos los que tienen alguna función en nuestros sanatorios, se aferren firmemente del poder del Infinito. Creemos en él y en el poder de su Palabra. Cuando hacemos lo mejor que podemos para la curación de los enfermos, entonces podemos buscarlo para que esté con nosotros, para que podamos ver su salvación. Confiamos poco en el poder de la mano que rige al mundo.

El Señor nos enseñó que debemos tener un lugar donde los enfermos pudieran venir y ser tratados de una manera apropiada. En armonía con esta instrucción se estableció el sanatorio de Battle Creek. Ahora tenemos varias de estas instituciones médicas, y el Señor está bendiciendo su obra.

Creemos en el Dios vivo y en la sencillez de la verdadera piedad. Es importante que aquellos que están atendiendo a los enfermos tengan una relación viva con la Fuente de toda vida y sanidad.

Por alguna razón, a menudo parecemos celebrar nuestras reuniones de manera monótona y sin vida. Necesitamos un reavivamiento producido por el Espíritu de Dios. Cada uno ha de ocuparse en su propia salvación con temor y temblor. Si todos ustedes se apoyan en la Palabra viva de Dios, creyendo en ella y actuando en armonía con ella, confesando sus pecados con toda humildad y siguiendo a Cristo, veremos entre nosotros mayores resultados de su gran poder.

Preparémonos para la vida que se mide con la vida de Dios. No tenemos ante nosotros la perspectiva de permanecer en nuestras tumbas. Algunos de nosotros podemos ser trasladados sin gustar la muerte. ¿Quién no se negará a sí mismo con el fin de poder ayudar a enviar la verdad donde será recibida? Tenemos ahora muy poco tiempo para trabajar, así que neguémonos a nosotros mismos en todo lo posible, para que presentemos la luz de la verdad a todos los que estén a nuestro alcance. Cada centavo que se invierta en esta obra se nos devolverá con un elevado interés.

Aferrémonos por fe. Oremos. Creamos. Actuemos, y el Señor nos animará y nos fortalecerá en el camino. Quiero ver la salvación de Dios revelada en esta reunión. Él tiene poder para darnos. No hay falta de poder de su parte, sino que hay falta de fe y de humildad de parte de su pueblo. Muchos de nosotros no sabríamos cómo usar ese poder, en caso de recibirlo. Aprendamos del gran Maestro qué significa caminar en humildad, como Cristo caminó en humildad.